

DIGARD, Jean-Pierre: *L'homme et les animaux domestiques. Anthropologie d'une passion* (Paris: Fayard, 1990), 325 pp.

La obra de Digard que ahora comentamos se enmarca en una corriente de investigación que durante los últimos veinte años, y especialmente en la última década, ha tenido un desarrollo que bien podríamos calificar de espectacular. Nos estamos refiriendo a los estudios que desde la antropología pretenden analizar los variados y complejos sistemas de relaciones existentes entre hombres o comunidades humanas de un lado y animales domésticos de otro. La tradición es fundamentalmente francesa, aunque también británica y americana. Estas investigaciones comparten algunos intereses con lo que en España estamos acostumbrados a denominar «estudios sobre la cultura pastoril», pero la comparación no puede llevarse más allá. Entre nosotros existe una muy rica tradición de investigaciones etnográficas sobre el pastoreo desde las primeras décadas de este siglo. Sin embargo, las líneas de estudio y la metodología no han experimentado avance alguno, es más, se podría afirmar que las publicaciones han perdido la minuciosidad, el detalle e incluso el rigor que caracterizaba, por ejemplo, a las obras de R. Violant i Simorra. Por supuesto, hay excepciones, una de las más destacables el libro de Severino Pallaruelo sobre los *Pastores del Pirineo* (Madrid: Ministerio de Cultura, 1988) en el que la utilización de documentación de archivos privados introduce elementos innovadores. Esto, por lo que se refiere a los estudios de carácter etnográfico. Desde quienes se proclaman antropólogos sociales o culturales, también se han planteado investigaciones (casi siempre formando parte de algún estudio de comunidad) sobre actividades ganaderas o pastoriles, pero sólo como un elemento más del sistema económico. A lo más que se ha llegado es a estudiar el contenido simbólico de alguna especie animal en un determinado grupo étnico o social (como en algún artículo de María Cátedra sobre los vaqueiros de alzada de Asturias).

Lo que Digard propone (al igual que otros autores) es realizar una auténtica antropología de la domesticación, ya que los animales domésticos (o mejor decir domesticados) forman parte de los elementos constitutivos de la identidad del hombre (p. 13). Este enfoque serviría además para superar las limitaciones y la incomunicación existentes entre las distintas disciplinas que estudian la relación hombre-animal y que han tenido un considerable desarrollo: zootecnia, historia, sociología, etnología, arqueozoología, etc.

La obra se estructura en cuatro partes que estudian, respectivamente, las distintas ideas existentes sobre la domesticación (caps. I, II y III), definición e inventario de los animales domésticos (caps. IV a VII), su producción y consumo (caps. VIII y IX) y, finalmente, las relaciones que se pueden establecer entre sociedad y sistema domesticatorio (caps. X, XI y XII).

El capítulo primero pone su atención en el significado del término domesticación y especialmente en la avanzada y dinámica definición dada por Isidore Geoffrey Saint-Hilaire a mediados del siglo pasado, que distinguía las nociones de aclimatación, naturalización y domesticación. Desde entonces, la zoología se ha estancado —según Digard— en su desarrollo conceptual respecto al concepto de domesticación, remitiéndose a la zootecnia o a la arqueozoología según el objeto de estudio sea el presente-porvenir o el pasado de los animales domésticos. En el capítulo segundo se hace un repaso a los campos clásicos de estudio de los animales domésticos, centrándose en el caballo y en la introducción del ganado merino en Francia. Estudia a continuación el desarrollo de la zootecnia, desde mediados del XIX, y las dificultades y enfrentamientos surgidos entre quienes pretendían mejorar las razas mediante cruzamientos y quienes optaban por mantener su pureza. Como último desarrollo de la zootecnia, destaca Digard el surgimiento de la etnozootecnia, dis-

ciplina «interesada por los aspectos sociales y culturales de la producción animal». Sin embargo, pese al indudable interés de sus aportaciones, considera Digard que está excesivamente dominada por las preocupaciones de agrónomos o veterinarios, para quienes la dimensión etnológica de la domesticación animal se reduce a una especie de folklore trasnochado. De ahí la necesidad de reivindicar una antropología de la domesticación que más adelante intentará delimitar.

Problemas de índole semejante a éste se encuentran en otras disciplinas (cap. III), como la historia o la arqueología. Pero tampoco quedan a salvo la etnología y la etnozología. La primera por las razones que expusimos al comienzo de la reseña y que, en palabras de Digard, se resumen en que «los animales no ocupan en los trabajos etnológicos sobre las sociedades pastorales el lugar que les correspondería por el papel que juegan y su valor efectivo. Salvo raras excepciones, se les dedica algunas páginas en un capítulo introductorio, especie de cajón de sastre donde se mezclan, en proporciones variables (cuando no se confunden), la geografía, la tecnología y la economía» (p. 75). Por su parte, la etnozología o queda mediatizada por su «fascinación ante lo salvaje» (el animal, se entiende) o por la «tiranía del signo», desbordando, en este último caso, el postulado del animal como ser «bueno para pensar» de Lévi-Strauss. Frente a todo esto, la antropología de la domesticación defendida por Digard propone unir en un mismo sistema de investigación «los animales, su domesticación y la "morfología" de las sociedades que la practican» (p. 80). Los estudios a realizar desde esta perspectiva deben considerar que: 1. La domesticación es una acción continua, renovada día a día, no un proceso histórico localizable en el tiempo y el espacio; 2. Plantearse la noción de domesticación desde una acepción amplia que recoja todas las actividades de producción y utilización de los animales domésticos; 3. No despreciar las formas marginales de la domesticación; 4. Ser totalizante y pluridisciplinaria; 5. Guardarse tanto de la excesiva dependencia como de la indiferencia total en cuanto a la preocupación por los fines de la investigación (p. 81). Para poder abordar de forma ordenada este vasto proyecto, Digard propone varias etapas: «1. Inventario crítico de especies animales domesticadas y tipos de domesticación; 2. Estudio de las formas de "consumo" (en su significado más amplio) y de los medios de producción de los animales domésticos; 3. Análisis de las relaciones existentes entre la domesticación y la organización de las sociedades y sus sistemas de pensamiento» (p. 81). Estas tres bases son precisamente las que desarrolla Digard en las tres partes restantes de su obra.

En la segunda parte, el principal problema que discute el autor es el de si pueden establecerse grados en la domesticación. Rechaza los planteamientos de quienes así lo hacen, como Tim Ingold, Jenni Coy y François Sigaut. El argumento de Digard es que ninguna de las definiciones (con grados o fases) del concepto de domesticación propuestas por estos autores es útil para explicar la variedad de procesos, formas, niveles, grados o resultados de la domesticación. Asegura que «toda tentativa para definir la domesticación de otra forma que no sea la de interacción entre el hombre y el animal —de acuerdo con modalidades diversas en función de cada contexto— me parece que comporta un riesgo todavía mayor, el de diversificar y ocultar la lógica profunda, esencial y constante del fenómeno, sea cual fuere la variedad de formas y de aspectos que pueda revestir» (p. 102). Según Digard, lo primero que ha de hacerse es superar la reducida lista de animales domésticos manejada por la zoología y elaborar un exhaustivo inventario de dichas especies animales. Esto es precisamente lo que realiza en los capítulos V y VI, con un resultado final de casi 200 especies de una u otra forma domesticadas.

En algunas de esas especies el equilibrio entre domesticidad y salvajismo es muy inestable o adquiere connotaciones muy particulares. El capítulo VII estudia precisamente estos

«casos límite»: reno, cerdo, abeja, gusano de seda, vicuña, perro y el poney potttock. En una situación diferente, pero también inestable, se encuentran los animales cimarrones o asilvestrados y los sujetos a domesticaciones recientes. La multiplicidad de casos y situaciones concretas se corresponde con un «sistema domesticatorio» particular «que se compone de todo lo que el hombre invierte en la producción y utilización de los animales: en acción técnica, en organización social, en pensamiento (consciente o inconsciente), en representaciones, etc.» (p. 179).

Con las anteriores bases es posible entrar ya de lleno en el consumo y producción de la domesticación (3.ª parte). Nuevamente surge aquí la necesidad de inventariar, en este caso las producciones animales. Y la mejor forma de conocer y representar la variedad, polivalencia y formas de utilización de los animales es mediante gráficos, destacando Digard como más útiles los propuestos por Sigaut y Holtz, que permiten controlar todas las variantes. Disponiendo de gráficos sobre distintas comunidades es posible establecer y comparar los distintos sistemas de utilización.

Conocemos qué se puede obtener de la domesticación, pero aún no se ha visto cómo se logra y mantiene dicha domesticación, cuáles son los «medios elementales de acción sobre el animal». Digard, inspirándose en el pensamiento de André Leroi-Gourhan, señala que esta acción está condicionada por las exigencias fundamentales que deben ser satisfechas para que los animales sobrevivan como individuos y como especies. Estas necesidades son las relacionadas con la reproducción, la alimentación y la defensa contra todo tipo de agresiones. Después de estudiar someramente las técnicas empleadas por el hombre para satisfacer estas necesidades, Digard pasa a considerar la errónea concepción que identifica las culturas ganaderas y pastoriles con economías y organizaciones simples o arcaicas debido a la relativa pobreza de su cultura material. El origen de esta falsa interpretación se encuentra en el hecho de no contemplar el papel fundamental que cumple en todos los sistemas domesticatorios el conjunto de saberes y técnicas de manejo y explotación que, más que la base material, definen esas culturas.

La cuarta y última parte lleva por título «domesticación animal y sociedad». Comienza tratando de analizar las relaciones que pueden plantearse entre tipos de pastoreo y organización social. Su comparación con los sistemas agrícolas demuestra, según Digard, «que no existe una organización social necesaria de la domesticación animal. A lo sumo se puede hablar de diferentes tipos de sociedad correspondientes cada uno a una forma particular de domesticación» (p. 227). Finalmente, concluye el autor su exposición analizando el sistema domesticatorio occidental, concretando su estudio al fenómeno de los animales de compañía, la ganadería industrial intensiva, la miniaturización de los animales domésticos y el caso especial del caballo.

Las conclusiones del estudio, apuntadas por el propio autor, son las siguientes: 1. La domesticación no es un estado ni un proceso terminado, sino una acción permanente del hombre sobre los animales; 2. Todo animal es susceptible de ser objeto de la acción domesticatoria del hombre; 3. Toda acción domesticatoria se integra en un sistema domesticatorio concreto, estrechamente relacionado con un determinado medio natural y social; 4. Toda acción domesticatoria es una e indivisible, pues sea cual fuere el producto obtenido responde siempre al deseo de apropiación y dominación de la naturaleza y de los seres que la habitan. Finalmente, el aspecto más destacable de los sistemas domesticatorios reside —según Digard— en la enorme riqueza y complejidad de las representaciones sociales de los animales y en la influencia determinante que ejercen sobre las formas y modalidades de la domesticación.

En definitiva, nos encontramos ante una obra cuyo principal objetivo es suscitar la reflexión y el replanteamiento de los esquemas clásicos manejados por la etnología en su análisis de las relaciones entre el hombre y los animales domésticos.—LUIS ÁNGEL SÁNCHEZ GÓMEZ.

MINGOTE CALDERÓN, José Luis: *Catálogo de aperos agrícolas del Museo del Pueblo Español* (Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación. Ministerio de Cultura, 1990), 273 pp., ilustr.

La obra que ahora comentamos viene a sumarse a una ya larga, aunque muy discontinua, serie de catálogos que recogen los fondos del Museo del Pueblo Español. Son en total 15 los catálogos publicados, aparecidos la mayor parte de ellos (13) en los años 40 y 50 y caracterizados por su austeridad. Fueron sus autores Carmen Baroja, Julio Caro Baroja, el Marqués de Lozoya y José Pérez Vidal. Esta labor de publicación de los fondos quedó suspendida desde entonces hasta 1984, fecha en la que apareció un catálogo de joyas, al que se sumó en 1987 otro de amuletos<sup>1</sup>. En este último, se puede consultar la relación completa de los publicados hasta ese momento.

Felizmente, gracias a un acuerdo entre el Ministerio de Cultura y el de Agricultura, fue posible sacar a la luz un nuevo trabajo, en esta ocasión sobre los aperos agrícolas del museo. Su autor es, seguramente, una de las personas más capacitadas para abordar la tarea de redactar dicho catálogo, además de uno de los escasos especialistas españoles sobre el tema. Sus investigaciones se han centrado en este ámbito de la tecnología agraria, fruto de las cuales son ya un buen número de artículos (algunos aparecidos en esta misma revista) y un libro sobre mayales y trillos en la provincia de León.

El núcleo central de la obra recoge la no muy exhaustiva colección de aperos agrícolas del museo, excluyendo por razones meramente prácticas (y más o menos discutibles) todos los útiles relacionados con el transporte, incluido el yugo. El catálogo propiamente dicho distribuye los aperos en cinco categorías según su funcionalidad: 1. Preparación de la tierra y siembra (arados, azadas, layas, gradas...); 2. Mantenimiento (podaderas, rozones...); 3. Recogida del producto (hoces, guadañas, tijeras, etc.); 4. Extracción del fruto (rulos, trillos, mayales, horcas, etc.) y 5. «Otros» (picador). Por un error de composición, el encabezamiento del apartado cuarto (que comienza en la página 162) no se ha recogido en el texto. Dentro de cada apartado, los útiles se ordenan según su número de inventario, lo que da lugar a cierta mezcolanza, aunque ciertamente se evita la monotonía. Sin embargo, no deja de resultar chocante que, entre los útiles pertenecientes a la primera categoría, se introduzca un barzón, porque su número de inventario lo sitúe en esa posición. Mejor hubiera resultado dejarlo fuera, ya que no se recoge ningún otro y, además, los útiles más directamente relacionados con él, especialmente el yugo, se han excluido de forma expresa del catálogo.

<sup>1</sup> C. ALARCÓN ROMÁN, *Catálogo de amuletos del Museo del Pueblo Español* (Madrid: Ministerio de Cultura, 1987).